

## Una Gran Figura Eclesiástica

### MONSEÑOR JAUREGUI

Celebróse el 28 del pasado setiembre el Centenario del nacimiento del eminente sacerdote Monseñor Jesús M. Jáuregui, fallecido en Roma el 6 de mayo de 1905. Con motivo del homenaje justiciero que se le tributó en la Iglesia Parroquial de Mucuchíes (Edo. Mérida), donde Mons. Jáuregui fué Párroco celosísimo y donde en la actualidad reposan sus restos mortales, fué invitado a pronunciar el Discurso necrológico el notable orador Pbro. Dr. José Humberto Quintero.

Hemos recibido, amablemente enviado por su autor, un ejemplar de ese hermoso discurso, en el que con serena y enjundiosa exposición, al par que con sagrada unción, se traza la semblanza de Mons. Jáuregui. Para beneficio y gusto de nuestros lectores, y para archivo en nuestras páginas de material tan importante de nuestra historia eclesiástica, nos permitimos reproducir algunos pasajes de dicha publicación. Cordialmente agradecemos el envío, y felicitamos al orador amigo. — *N. de la R.*

#### Héroe del estudio. —

Veinte años tenía cuando solicitó licencia para vestir el hábito eclesiástico. En el documento respectivo asienta: "Poseo algunas nociones preliminares en el idioma latino, y con alguna regularidad conozco las materias escolares" (2). Esas nociones de latín, las había adquirido de los labios de su deudo, el Pbro. Pedro Pérez Moreno, párroco de este pueblo; y esas materias escolares las había estudiado en la humilde escuela de Mucuchíes.

El Obispo Boset, al aceptarlo en el cetro, lo nombró familiar suyo y lo alojó en su propio Palacio. En su juventud, el ilustrísimo señor Boset había sido Profesor universitario: entre sus discípulos figuró entonces Cecilio Acosta. Ya en la ancianidad, él quiso revivir aquella lejana época de su profesorado, y personalmente procuró explicar al joven Jáuregui Filosofía y Teología. Tres años apenas duró esa enseñanza. Dados lo breve del tiempo y las múltiples ocupaciones que pesaban sobre el anciano Pastor, la preparación intelectual obtenida por el alumno, no obstante la excelencia del maestro, forzosamente tuvo que ser bastante deficiente. Y lo pongo de relieve, porque aquí radica uno de los mayores méritos del Pa-

dre Jáuregui. Poco después de su ordenación de sacerdote, le fué encomendada esta Parroquia de Mucuchíes. Y aquí, con una constancia y tenacidad que asombran, se dedicó a completar y perfeccionar su formación intelectual. Estudió mucho, estudió sin tregua, como si una sed insaciable de saber le devorara las entrañas. Sin más guía ni ayuda que las de los libros y el propio pensamiento, trató de internarse audazmente por todos los caminos de los conocimientos humanos: filosofía, teología, derecho, matemáticas, ciencias naturales, historia, literatura, idiomas. Los viajeros ilustrados que, de tarde en tarde, pernoctaban en este pueblo, se quedaban sorprendidos al visitar al joven Párroco y hallar en su despacho una riquísima biblioteca. Y según oí referir en mi niñez, los raros vecinos que ocasionalmente atravesaban a horas avanzadas de la noche la calle vecina a este templo, notaban extrañados los rectángulos luminosos que sobre las tinieblas de la plaza proyectaban los postigos de las ventanas del escritorio del Padre Jáuregui: a la luz de una lámpara, insensible al frío, insensible al sueño, él a esas altas horas leía, estudiada, meditaba. Diez años continuos duró este incansable aprendizaje. Merced a ese es-

tudio tenaz, cuando en 1883 se suscitó por la prensa una ruidosa polémica en Mérida, a propósito de una Pastoral del Obispo Lovera sobre los ritos de la Pascua, el joven Párroco de Mucuchíes pudo descender gallardamente a la palestra y, armado de sólida erudición canónica y de lógica deslumbrante, obtener una victoria decisiva. Merced a ese estudio infatigable, llegó a dominar el francés, el inglés y el italiano y a deleitarse con la lectura de los clásicos latinos en su lengua original: poseo el ejemplar de la Eneida que perteneció a su biblioteca, y los subrayados, y las anotaciones y la corrección de erratas tipográficas deslizadas en esa edición, indican a las claras el cuidado con que leía la genial obra de Virgilio. Merced a ese estudio sostenido, cuando salió de este pueblo para ocupar el puesto de Vicario Foráneo de La Grita, era ya, por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, un verdadero sabio.

Las innumerables y variadas actividades que luego ocuparon sus días, no le permitieron publicar sino pocos trabajos; pero ellos bastan hoy para formarnos concepto del gran caudal de cultura que, con su solo esfuerzo privado, logró atesorar en su mente. Los "Estudios de Ideología y Teología Natural", anticipo de una obra filosófica más amplia que tal vez no llegó a redactar o que se perdió, nos revelan cómo con ideas muy personales se aventuraba por los arduos y encumbrados senderos de la Metafísica; su "Tratado de Geometría", que le mereció aplauso del Rector de la Universidad de Boston, nos deja entrever el dominio que había logrado adquirir en las difíciles Ciencias Matemáticas; "El Episcopado Venezolano", ensayo histórico, manifiesta que no era profano en la investigación de nuestro pasado; sus estudios sobre los aborígenes, muestran sus conocimientos etnológicos; de sus dotes literarias nos dan fe el opúsculo "La Sultana del Zulia" y los poemas que en contadas ocasiones dió a la prensa; una amena y copiosa miscelánea literaria es su "Tratado de Urbanidad"; y de su pericia en las sagradas letras son testimonio, entre otros, los sermones sobre "El Amor Divino" que recopiló en libro. Pero todas estas producciones son apenas un leve reflejo de la inmensa luz que centelleaba en aquel cerebro. Precisaba haberlo oído en la cátedra precisaba sobre todo haberlo oído en la tribuna y en el púlpito. Quien era

capaz de juzgarlo (3), porque poseía una vasta cultura científica y literaria, nos afirma que improvisaba brillantemente con una facilidad maravillosa, lo cual es imposible si no se cuenta con una previa y rica preparación remota, y que bajo los humildes techos de nuestras iglesias andinas le oyó sermones que no habrían sido indignos de los labios de Bourdalou, bajo las grandiosas bóvedas de las mayores Catedrales de Francia.

#### Escultor de hombres.—

Os he hablado de la inteligencia del Padre Jáuregui y de la sabiduría que llegó a conquistar; os he hecho ver algunas apenas de las virtudes que ornamentaron lujosamente su voluntad; os invito ahora a dar una rápida mirada a su obra.

Desde recién ordenado, concibió el proyecto de fundar un Colegio para la educación cristiana de la juventud. Y ese ideal fué precisamente el motor que lo impulsó a la conquista de las ciencias y de las letras. Planeaba ya la creación de tal Instituto en este pueblo, cuando fué nombrado Vicario Foráneo de La Grita. Apenas posesionado de este cargo, llevó a la práctica aquel generoso proyecto: en local alquilado, con reducido número de alumnos, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, abrió ese Colegio el 1º de enero de 1884. El cóndor tiene ya hecho su nido, y no muy tarde por todos los cielos de la Patria habrá potente rumor de multitud de alas triunfales.

En 1885 emprende viaje a Europa. Y en un día de junio de ese año, postrado ante León XIII, oye de los labios del gran Pontífice este consejo: "Conságrate a la enseñanza de la juventud, pues los impíos tratan con todas sus fuerzas de apoderarse de ella y perderla; y a nosotros toca librarla de esa corriente de impiedad" (6). La profunda impresión que este consejo, caído de tan augustos labios, causó en el corazón del Padre Jáuregui sólo halla par en la que deja el cincel sobre las blancuras del mármol, cuando lo dirige mano experta para esculpir una inscripción: indeleblemente se grabaron en su memoria esas palabras. Al consignarlas, por escrito seis años más tarde, afirmaba que cada día las escuchaba sonar en su interior como una orden perentoria. Ese viaje a Europa tuvo como propósito primario estudiar la organización y métodos de los establecimientos de enseñanza. Visitó la mayoría de los que encontraba en su

camino y se informó en lo posible de su marcha. Fué expresamente a Turín para observar allí el funcionamiento de los Institutos Salesianos y obtuvo en favor de su naciente obra de La Grita los consejos y la bendición de Don Bosco. El acervo de conocimientos pedagógicos que adquirió en esa peregrinación por el viejo mundo, lo utilizó inmediatamente en bien y provecho de su Plantel: de ahí que éste, pocos años más tarde, por su régimen de estudios, por su disciplina y por los éxitos alcanzados, sobresaliera entre los de su clase existentes para ese tiempo en la Patria y pudiera compararse con los extranjeros de igual categoría. La fama del Padre Jáuregui como educador creció por ello hasta tal altura que el Arzobispo Uzcátegui, no obstante haber entonces en Caracas tantos centros de enseñanza, lo invitó con apremio para que fundara otro Colegio en la Capital de la República y le ofreció con tal fin todo su apoyo (7).

Sobre la preparación intelectual que en el Colegio de La Grita lograban los estudiantes, existe un testimonio mayor de toda excepción: el del doctor Caracciolo Parra, el célebre Rector de la Universidad de los Andes. En uno de sus informes anuales al Ministerio de Instrucción Pública, él anota que casi todos los alumnos provenientes del Colegio del doctor Jáuregui alcanzan, al rendir exámenes ante la Universidad, las máximas calificaciones. (8) No es, pues, extraño que muchos de aquellos alumnos, andando el tiempo, llegaron a figurar con brillo como médicos, abogados sagaces, literatos excelentes, políticos hábiles, diplomáticos finos o militares decorosos. Al hacer este somero balance, el mismo doctor Jáuregui me reprocharía la injusticia si, por las circunstancias del momento, callara que uno de estos ocupó el sillón de la Suprema Magistratura Nacional y con acierto presidió desde allí el difícil y peligroso paso del régimen dictatorial de la espada al régimen republicano de la ley y de la libertad. Aquellos otros alumnos que troncharon sus estudios, fueron luego, por regla general, en apartados burgos, ya ejemplares jefes de familia, ya patriarcales varones de consejo, ya humildes y heroicos maestros de escuela que afanaron por encender en los cerebros de los niños aldeanos la misma luz de cultura con que a ellos los había dotado el Colegio de La Grita. Y todos, absolutamente todos los jóvenes que desfilaron por esas aulas, ade-

más de las lecciones de ciencias y de letras, recibieron allí una enseñanza más alta y provechosa: la que les dió cotidianamente el Padre Jáuregui con su propia vida. Observándolo a cada momento, ellos aprendieron en un modelo vivo lo que son nobleza, honradez, lealtad, rectitud, bondad, dignidad, cumplimiento del deber, fe, carácter, sacrificio. Con el ejemplo personal, que es el magisterio más eficaz, el Padre Jáuregui dictó a sus numerosos discípulos cátedra de vida perfecta, tal como hace lluelos a volar, los coloca al borde del nido y ante ellos emprende sus ascensiones hacia el sol.

#### Padre del Clero.—

Por circunstancias históricas especiales, la obra educadora del Padre Jáuregui tuvo una trascendencia singularísima para la Iglesia y para la Patria.

El 21 de setiembre de 1872, uno de tantos déspotas que para infortunio de Venezuela han regido los destinos nacionales, clausuró mediante inicuo decreto todos los Seminarios de la Patria. Dícese que los Borgias solían suministrar a sus enemigos un veneno particular, cuyo efecto mortal venía a presentarse sólo meses o años más tarde. Algo semejante se pretendió con ese decreto sectario y estúpido: asesinar la Iglesia a plazos, porque al privarla de esos centros de formación sacerdotal, no muy tarde ella carecería de sacerdotes y, falta de éstos, necesaria y fatalmente tendría que desaparecer en Venezuela. El Padre Jáuregui, apenas abierto su Colegio, obtuvo del ilustrísimo señor Zerpa, Gobernador del Obispado, el permiso de que aquellos alumnos en los que se notaran signos de vocación sacerdotal vistieran sotana e hicieran allí los estudios teológicos. Para la perfecta formación eclesiástica no era ciertamente esa convivencia con los otros colegiales el ambiente ideal; pero las circunstancias creadas por el bárbaro decreto, no permitían proceder de otra manera. Gracias a esa estratagema para escapar al alcance de éste, la Diócesis de Mérida tuvo nuevamente un Seminario. Y el doctor Jáuregui se convirtió así en el Padre y Maestro de casi todo el Clero del Occidente. Catorce años duró su rectorado. Y de ese Colegio de La Grita por él regido, salieron para el servicio de la Iglesia merideña cincuenta y cuatro sacerdotes, uno de los cuales, escogido por Dios para el honor y la responsabilidad del palio arzobispal, digna-

mente ocupa desde hace veintidos años el solio de esta Metrópoli Eclesiástica. Distinguióse la mayoría de aquellos sacerdotes por el celo, disciplina, óptima conducta, espíritu de sacrificio e interés por el progreso de las feligresías a ellos confiadas. A la vista de esos sacros ministros, comprendemos ahora con toda claridad por qué cayó, de manera misteriosa, sobre la cabeza del doctor Jáuregui, en el instante de su ordenación, la mitra episcopal. Y cuando la muerte se allegó a su lecho de agonizante, en ciudad lejana de la Patria, su alma tuvo que sentir inefable emoción de complacencia, porque debió de ver en esos segundos que, al separarse de esta tierra, dejaba a la Iglesia esos cincuenta y cuatro sacerdotes, los cuales eran otros tantos incensarios de oro, encendidos por su mano para que acudieran sin pausa ante los altares del Señor.

#### El Civilizador.—

Este discurso cobraría proporciones desmedidas si me detuviera a exponer las otras actividades que, además del magisterio, desplegó el Padre Jáuregui durante los cincuenta y siete años de su vida mortal. Baste recordar apenas que en La Grita instituyó un Colegio de niñas, un hospital y un asilo de huérfanos. De iguales asilos dotó a San Cristóbal y a Táriba. Para atender a estos Institutos benéficos, fundó una Congregación religiosa, a la que dió el nombre de "Siervas de la Sagrada Familia". El templo en que nos hallamos fué obra suya. Edificó asimismo la hermosa iglesia Matriz de La Grita, cuya cúpula fué la primera que vieron los cielos de los Andes. En sólo diez meses que ejerció la Vicaría Foránea de San Cristóbal, levantó las columnas y arquerías de la actual iglesia Catedral, fábrica que hasta entonces había sufrido retardo de decenios. Las diez y siete leguas que de Bobures separan a Mucuchíes, las salvó con un camino, abierto bajo su dirección y por sus esfuerzos, a fin de establecer rápida y cómoda comunicación con el lago de Maracaibo, única puerta para esa época por donde entraban a estas regiones los productos de la industria, del comercio y de la civilización. En unión de Antonio Espinoza Parra y de Teodoro Quintero, fundó a Torondoy: y próximo a la tumba, escribiendo a la

viuda del primero de los nombrados, evocaba complacido aquellos operosos días de su lejana juventud: "Al lado de don Antonio —recuerda— nadie se cansaba; y abrimos caminos, y tendimos puentes, y derribamos montes, y ahondamos cerros, y... plantamos la Iglesia; y veíamos con gozo surgir a Torondoy de entre los montes como la deidad griega de entre las ondas" (9). Vagando proscrito por tierras extranjeras, proponíase traer, al regresar a la Patria, maquinarias para la agricultura. Como véis, además de Maestro, el doctor Jáuregui fué insigne benefactor de los pueblos e incansable obrero del progreso que sobresalía sobre muchos de sus contemporáneos "lo que va de hombros arriba".

Y realizó todas estas obras sin descuidar ni en un ápice sus deberes de Párroco, pues era estricto hasta el escrúpulo en la satisfacción de todos ellos. Y así, en 1900 pudo francamente estampar en Nota a su Superior, sin peligro de ser contradicho, estas frases: "Bien sabe el ilustrísimo señor Obispo a quien me dirijo, que me preocupa más el cumplimiento de mis deberes para con Dios y para con mis ovejas por las cuales he de dar cuenta como pastor, que mis conveniencias personales" Por lo que concierne a su ministerio pastoral, os he expresado todo cuando os digo que fué un Párroco modelo.

#### Clave del arco.—

Para apreciar plenamente el valor de un hombre, conviene investigar el fin que en sus obras se propone, porque ese fin es el único que permite estimar con indudable exactitud la verdadera altura de un alma. Párroco modelo, incansable obrero del progreso, insigne benefactor de los pueblos, maestro eminentísimo. ¿qué objetivo supremo perisguió el Padre Jáuregui con toda esta variada y maravillosa actividad? El mismo nos lo va a declarar: en carta al Prelado merideño, escrita desde Roma el 29 de julio de 1921, confiesa: "Cuanto he hecho en ese Obispado ha sido solamente para el servicio de Dios". Ni en el cielo, ni en la tierra puede haber fin alguno que sea superior a éste. Por la excelsitud de ese fin medid ahora la excelsitud de ese hombre!